

POR EL SEÑOR DOCTOR DON CARLOS R. TOBAR.

EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LAS CLASES

DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO,

EL 1º DE OCTUBRE DE 1880.

QUITO.

IMP. DEL CLERO, POR SIDORO MIRANDA.

1880.

REPUBLICA DEL ECUADOR.

Secretaría
de la Universidad.

de Quito, á 3 de octubre
de 1880.

Señor doctor don Carlos R. Tobar, profesor propietario de literatura y sustituto de zoología.

La Junta de gobierno de la Universidad, reunida el día 1.º de los corrientes, tuvo la dignacion de encargarme que escribiese á U. el presente oficio, expresándole la viva satisfaccion y justo reconocimiento con que los señores profesores habian escuchado el hermoso discurso que, para cumplir con la disposicion del art. 203 del reglamento general de estudios, se sirvió leer U. el mismo dia. No advirtió, sin duda, que favorecia con tan honroso encargo á quien no podia desempeñarlo de manera que correspondiese á su ilustrado designio; ni que el merecido encomio de la composicion, tan digna de U. y de su nobilísimo objeto, perderia en estimacion cuanto ganase en sinceridad, confiado á pluma que no acierta á contenerse cuando se trata de tributar la honra debida á la ilustracion, á la virtud y al talento, especialmente si los consejos de la amistad concurren á dirigirla.

Ruego, pues, á U. que se sirva aceptar el voto de aprobacion y gratitud que, por medio mio, le presenta la Junta, y apreciarlo en cuanto vale por ser de los señores profesores de la Universidad, sin echar ménos el innecesario encarecimiento de su justicia. Lo justificará, de seguro, el concepto público luego que salga á luz el discurso, como lo ha ordenado la Junta.

Soy de U. muy atento, obsecuente servidor.

J. Modesto Espinosa.

DISCURSO

leído por el señor doctor don Carlos R. Cobur, en la solemne apertura de las clases de la Universidad de Quito, el 1º de octubre de 1880.

Señores:

Si bien no soy valeroso, os confesaré que no me acobarda la ilustrada concurrencia que silenciosa se está esperando mis palabras: á mi rededor, todos, rostros amigos; las mismas ideas están manando de nuestras inteligencias, los mismos afectos están hirviendo en nuestros pechos, las mismas aspiraciones se están levantando al calor de nuestras almas. Hacia una parte, los que gravados con inmensa responsabilidad, puestos los ojos en el engrandecimiento de la patria, se han encargado de robustecer las fuerzas que han de vigorizarla; hácia otra, los que se van por el laborioso camino de la ciencia y de la virtud, cargados con el peso del sacrificio y de la paciencia.

Nuestra Universidad, como la nave del Patriarca, háse sostenido ílesa sobre las borrascosas ondas de mil agitaciones, rios que han salido de madre y océanos que se han desbordado; pero, como la bendecida barca, lleva en el seno gérmenes de vida y progenitores de felicidad futura ligada á progreso no mentido.

En épocas no remotas la Universidad desocupó este local y fué á vivir en ajena habitacion, pero dejó su casa para dar alojamiento á un noble huésped que, por desventura nuestra, vivió solo un día.

Hoy comenzamos un nuevo año escolar y, para cumplir con el artículo 203 del reglamento, la Junta universitaria se ha dignado encomendarme dirigiros la palabra.

No soy vano afectador de modestia y, estoy cierto, me creereis: he vacilado muchísimo acerca de la eleccion de asunto digno de vosotros. Por fin resolvíme á ocuparme en materia de interes innegable.

Tiempos há que, con la palabra y con el ejemplo, un célebre escritor trata de conducir nuestra literatura por propio camino, pero, hasta hoy, poca es lo que ha conseguido.

Muy de tarde en tarde vienen al mundo los Fidiás, los Rafaelés, los Verdis; la multitud de los artistas, satélites de aquellos magnos planetas, se reducen á girar al rededor del respectivo centro de atracción, esto es, contentándose con copiar, más ó ménos fielmente, los modelos de los grandes maestros; lo mismo sucede en literatura.

La americana, careciendo de modelos propios, ha tomado los ajenos, y de aquí ha provenido que no posea originalidad. Felizmente, hoy en día, no faltan en el esplendoroso cielo literario de América esos astros de primera magnitud de que acabamos de hablar. *Cumandá* es la estrella que, deteniéndose sobre la no desflorada naturaleza ecuatoriana, nos está mostrando dónde hemos de hallar el origen de nuestra literatura. Algunos escritores ilustres, á pesar de haberse envenenado bebiendo en el fango de nuestra política, tienen fuerzas sobradas para explorar esos campos que tantas flores ofrecen para formarles guirnaldas.

Qué nos falta, señores, para que seamos poetas?

Ninguna tierra brota mayor número de flores salvajes que nuestro suelo, según el decir de un viajero notable. Léjos de la cultura y civilización materiales de los pueblos cultos y civilizados, las prosáicas máquinas no crujen apretadas por continuo trabajo, ni los ferrocarriles turban con los monstruosos resoplidos el sosiego de las selvas. Hasta la índole suave y apacible, pretexto de calumnias, es la más apropiada al carácter de los personajes idílicos. Las costumbres campesinas son de suyo églogas acabadas: el pastor de las dehesas tañe el *rondador* y la flauta, el muelle clima le incita á las pasiones tiernas y ni siquiera los arados por vapor le quitan al labriego la ocasión de trabajar junto al tardo buey, confidente y menestral. Los bosques abundan de árboles, miles de tórtolas se atrullan en frondosas ramas, las aves cantoras, infatigables, llenan el aire de armonías; los aromas de los pétalos ascienden como eterno incienso tributado al Criador; las manadas pacen en prados esmaltados y el hombre, donde quiera, huella flores.

¿Por qué no somos elocuentes? Por qué la voz no truena?

No necesitamos, como el orador griego, ir á ensayar las fuerzas dominando las olas bramadoras que se quiebran contra las rocas: los vientos mecieron nuestras cunas, los truenos sirvieron de tipo al metal de las gargantas y el rugido de los volcanes arrulló nuestros primeros sueños.

Seguid el curso de los ríos que se descuelgan de las inmensas alturas andinas en cascadas y saltos extraordinarios. Hé ahí, señores, distintos géneros de elocuencia que nos enseña la naturaleza, maestra universal.— Ved al agua cómo furiosa bate las dificultades y sube, al chocar con ellas, á prodigiosas alturas en espumosos saltaderos; descuaja troncos, arranca peñascos, deshace rocas, todo lo tritura con poder inconcebible. Es la elocuencia que lucha con los obstáculos y los supera y los despedaza y los desmenuza.

Ved ahora al diáfano líquido cómo manso resbala con suavísimo murmurio por la extendida llanura; apenas menea las arenas del espacioso lecho y los rayos del sol llegan hasta el fondo sin que las linternas les absorban sino para reflejarles más brillantes y como purificados; mirad las orillas matizadas y los prados contiguos revestidos de verdura. Es la elocuencia que co-

re apacible, no espumosa, no turbia, no ennegrecida: el auditorio, prado por donde se deslizan las cristalinas ondas, recibe verdor y frutos y el corazón, arrastrado por la blanda corriente y olvidado mismo, flota y se deja conducir á playas talvez lejanas, á donde, al orar, le place llevarle.

Quereis bellezas que os aneguen en inspiración

Ahí están los lagos, ahí los bosques aún no tocados por el hombre.

Quereis, acaso, sublimidad?

Contemplad al Amazonas, monarca de los rios y al Pacífico, monarca de los mares.

Quereis, por ventura, sublimaros hasta el cielo, extasiaros en lo inmenso, anonadaros con lo infinito?

Aquí teneis cómo conseguir vuestro objeto, aquí tenéis los medios, aquí alas, y no prestadas ni fementidas que os encumbren para precipitaros: el Antisana, el Cayambe, el Chimborazo, aquí están, monstruosos peldaños por donde subireis á la gloria y al éxtasis; ascended al Sangay, al Pichincha: contemplad las simas profundísimas que se abren en los pavorosos cráteres, meditad en vuestra pequeñez inmedida por la magnitud del abismo, y os sentireis elevados á pesar que vuestra imaginación se precipita con vértigo hasta las rocas derretidas que hierven en las entrañas de la tierra.

Mirad al Cotopaxi, monarca de los volcanes, inconmensurable Titán lanzando al cielo peñascos encandecentes; miradle en las horas de furor omnipotente, coronado de torbellinos de humo, de fuego y de relámpagos, con bramido de mil truenos, encendiendo, inundando, destruyendo, arrasando.

Nuestra patria es un gran observatorio astronómico colocado por Dios en las mayores alturas habitadas; contemplad, desde aquí, al sol y, á la par que os dieseis un baño en la fulgente luz, os sentireis empapados en inspiración; por la noche contemplad á la luna y, apenas vuestra faz se hubiese plateado, experimentareis cómo el ingenio rebulle vivificado por sus rayos.

Penetrad en nuestros católicos hogares y descubriréis, en los no disipados afectos y en las domésticas virtudes, venenos inacabables de poesía depurada.

Ah! No nos faltan sublimidad ni belleza. Tanto más cuanto el ingenio saca estatuas de las piedras y hace brotar mundos del Océano. No es menester nó el todopoderoso *hágase* del Criador: el universo está hecho, las bellezas existen, solo nos falta el sentido que ha de percibir las.

¿Por qué, pues, no tenemos oradores? ¿Por qué no poetas donde la naturaleza es poesía magnífica y continuada?

Ah! señores, carecemos de tranquilidad de espíritu que da á los ojos

ver las galas ^{de} la tierra y el lujo del cielo, á los oídos escuchar las melodías del ambiente ^{de} fantasía vagar á su libre arbitrio y encumbrarse y mirar de lo alto ^{de} maravillas del universo.

Acaso también la costumbre sea causa de que no fijemos la atención en las bellezas que se nos pasan desadvertidas.

Sucede que nada provoca con mayor vehemencia á deseo como el don que no gozamos; esto aconteció seguramente al gran Garcilasso cuando tocaba la zampoña.

"Entre las armas del sangriento Marte."

La turbulencia de la guerra le hacia recordar la serenidad de los campos, y el estrépito de las armas el silencio de las selvas.

Lo contrario debe de pasarnos á nosotros, peces que dormitamos entre alfombras de perlas y tapices de corales: habituados á tanta munificencia hallámoslo todo "muy natural" y no encontramos mérito en los objetos que vemos todos los días.

Pero nó; voy á repetirlo: carecemos de tranquilidad del alma. Vivimos en suelo volcánico; agitados incesantemente por esos otros volcanes que, hace cerca de un siglo, conmueven á las repúblicas suramericanas; cegados ayer por las cenizas del interior de la tierra y oscurecidos hoy por el humo de la pólvora; el ánimo desasosegado en el cuerpo intranquilo, llevamos existencia vertiginosa. La vida y la muerte combatiéndose, no á escondidas, sino haciendo gala de las fuerzas de que cada una dispone, no estamos, ciertamente, para saborear las delicias de una munífica naturaleza.

Señores, algunas palabras más ántes de concluir.

Maestros, estos jóvenes son el globo que permanece aún en el estado de gas: el enfriamiento de las bozales pasiones y de los malos impulsos, la purificación en el continuo girar rodeados de la atmósfera de la sabiduría, ha de imprimirles la forma apropiada.

Maestros, á vuestras manos vienen los hombres, como los minerales van á las fundiciones: en ellas han de dejar las escorias y fundidos al fuego de vuestras enseñanzas han de tomar la figura que conservarán, adecuada al gran todo social que, como partes, deben constituir.

Por esta razón, oh maestros, vuestra responsabilidad es de magnitud incalculable; las más remotas generaciones de lo porvenir están unidas con vosotros por medio de los lazos invisibles, pero inquebrantables, de maestro á discípulo: sus triunfos serán nuestros triunfos así como sus lágrimas de desventura caerán sobre las tumbas de nosotros, operarios de lo futuro.

Jóvenes, en Esparta se enseñaba á los adolescentes á ser orgullosos.

tos: sédlo con aquel orgullo que da
trista con lo malo. Ni la humildad e
segun se la encamine, conduce á lo
donde la vanidad y la codicia, tizone
sol de la ambicion de gloria no conti
dignidad se avivan y bullen en su bas
mezquinas pasiones.

Jóvenes, sed águilas: las águila
á las inmediaciones del sol; las sierpes
el calor de la putrefaccion de las asqueros

Trabajad, jóvenes; pero no sea
je. La prosperidad de la patria pobre de Lici
con que se compra el engrandecimiento de las
hierro, esto es, la pluma del escritor y la azada

Jóvenes, si amais la libertad ¿Y cómo
virtuosos; el autor de "El espíritu de las leyes" nos
hombre sale siempre un buen esclavo.

Educaos, jóvenes, si quereis ser libres: la libertad ve
gemela hermana é inseparable de la ciencia verdadera; los parias de la India,
los ilotas de Esparta y los brigas de Bruto, greyes humanas, no concurrieron,
por cierto, á los establecimientos de educacion, y las cadenas con que se
aherroja á los pueblos se forjau en las hogueras encendidas por Leon Isaúri-
co y el Califa Omar, llamas vivas del negro humano embrutecimiento.

Jóvenes, ciencia y virtud reunidas y apoyadas en la fé (punto de
apoyo que no conoció el filósofo de antaño) son la palanca con que levanta-
reis la patria hasta tocar en el empíreo.

He dicho.